

# El beso de los LOBOS

## Capítulo I

# Día Ocho

Hace ya mucho tiempo que la humanidad ha elegido dejar a un lado la lenta y frustrante evolución natural, para fusionar cuerpo y mente con los prodigios tecnológicos que ella misma es capaz de concebir, despreciando así a la naturaleza y a Dios.

Por la sangre de todos los hombres que son parte activa del mundo corren “*nobots*”: el más fino resultado de la bioingeniería, células artificiales que cumplen y superan todos los requisitos de las vivas permitiendo a cada individuo regular y programar las funciones de su organismo como si de una máquina se tratase.

Los nobots también dan acceso al *World\_Room*; un macrosistema descentralizado de comunicación que substituyó a la obsoleta internet, donde cada individuo es en sí mismo un “host”.

Fabián Doe forma parte activa del mundo, por lo tanto, ya no es del todo humano.

.....

Como todos los días, unas horas antes que el sol asomase sus rayos, Fabián despertó con suavidad a la hora señalada.

Deseando no abrir los ojos restregó la cara contra la almohada pensando en programar unas horas más de sueño, pero la rutinaria necesidad de ganar dinero le obligó a dejar sus sábanas sudadas.

El invierno amenazaba con su presencia desde hacía tiempo sin llegar a ser pleno. Las noches eran frías, pero no lo suficiente como para dormir cobijado por gruesos edredones que, de a ratos, se volvían insoportables, obligándole a despertar abrumado por el calor y la humedad de su propio sudor. Rendido, optaba por destaparse un poco y asomar una pierna por debajo de las mantas volviendo a dormirse en cuestión de segundos gracias al regulador de sueño de sus nobots, para despertar poco después entumecido por el frío en un círculo vicioso de duermevela. Había pequeños males que ni la tecnología conseguía paliar.

Malhumorado con su simple existencia, Fabián caminó tambaleante hacia el baño sin encender la luz. Tras lavarse la cara perdió un instante contemplando su cansado rostro en el espejo. -“*Me están naciendo las primeras arrugas*”-, pensó siguiendo con el dedo el tenue dibujo de los pliegues en su piel.

Algunas mañanas, al verse, sentía una extraña sensación en la garganta al no reconocer su reflejo. Había cambiado tanto... No era viejo, pero la juventud lo estaba abandonando.

Su cabello negro flaqueaba ante las primeras canas que brillaban como la plata, y sus ojos, que tanto le gustaba ver retratados en las fotos digitales de su infancia, se habían oscurecido sin remedio pasando de ser glaucos como el jade a un tono marrón verdoso como el de un alga podrida. Preocupado, comentó el cambio de color con su médico, pero este minimizó el fenómeno hasta el extremo de hacerlo sentir estúpido por preguntar.

Tras asearse se vistió con el uniforme del trabajo mirándose en el estrecho espejo de las puertas del armario. Odiaba esa ropa, era impersonal y de una calidad tosca que le irritaba la piel, además la combinación de colores era un crimen contra la estética. Un compañero le comentó que el vestuario lo había diseñado el sobrino del dueño de la empresa quien aspiraba a modisto a pesar de su daltonismo... Quizás fuese verdad.

Pasó al pequeño comedor de su departamento esquivando el enorme y arcaico televisor de tubo y caja de madera que tenía junto a la puerta. Haría al menos ochenta años que nadie lo encendía y, aunque algún día llegase a estar tan aburrido como para averiguar si todavía funcionaba, no habría nada que contemplar en su profunda pantalla gris. La televisión como la entendían sus bisabuelos, con canales y programación a horas concretas, hacía mucho que había dejado de existir. Algunas veces sentía el impulso de tirar aquel trasto a la calle o vendérselo a un coleccionista pero una extraña nostalgia se lo impedía; ¡llevaba tantas generaciones en su familia!

Tras coger algunas bolsitas de materia prima del refrigerador y procesarlas dentro del Omnicheff (el mejor amigo de todos los solitarios y trabajadores a doce horas diarias de aquella época), se sentó a la mesa para disfrutar de un tradicional desayuno precocido.

El *World\_Room* (o *WR* como lo llamaban todos) se desplegó ante sus ojos ofreciéndole una serie de menús interactivos. La información era transmitida de forma directa a su mente por los nobots en su corteza cerebral, quienes accedían a la red interpretando y traduciendo los datos en forma de impulsos eléctricos que se manifestaban ante él como imágenes y sonidos; pudiendo también transmitir olores, sabores o sensaciones táctiles con fines técnicos, formativos, artísticos o publicitarios.

Indiferente, Fabián recorrió con la vista las diez esferas que flotaban ante su rostro. Cada una de ellas representaba un “World” distinto seleccionado de entre sus preferencias de navegación. Tras divagar durante unos segundos se decidió por “El Mundo de las Noticias” sorprendiéndose ante su peso al tocarlo, y cuyo ícono hacía recordar a un viejo globo terráqueo hecho con recortes de periódico.

Tiempo atrás había comprado una “App” especial que transmitía esa sensación táctil según el contenido de las noticias. Aquél día la esfera pesaba más que de costumbre por lo que algo en verdad grave estaba sucediendo en algún sitio.

Durante unos segundos sintió el impulso de apartarla a un lado y visitar algo más alegre y ajeno a la realidad, pero la curiosidad y el morbo se impusieron obligándole a desplegar las noticias ante su rostro. Un mapamundi, en el que cada país conformaba una pieza individual como si se tratase de un puzzle, le permitía elegir con un simple gesto cualquier región y conocer sus novedades traduciéndolas de forma automática al idioma marcado como favorito en su perfil de usuario. Parte del continente asiático emitía un rojo

intenso, señal de que algo marchaba mal allí y, mientras hundía un croissant en la mermelada de fresa, contempló los estragos que un terrible tifón había causado en un pequeño país.

Hombres y mujeres llorando, cielos partidos por rayos y pueblos arrasados cuyas casas y automóviles flotaban sobre las aguas como si fuesen juguetes, llenaron el pequeño salón del departamento rodeando a Fabián que, con la garganta cerrada, se esforzó por terminar su comida. A los costados de las imágenes flotaban cifras danzantes que calculaban, a tiempo real, la cantidad de muertos y evacuados, el coste económico de la tragedia y el total de litros de agua que anegaban la zona.

-Pobre gente...- suspiró sintiendo una presión en el pecho, raspando con el cuchillo lo poco que quedaba de mermelada.

Preocupado por llegar tarde apuró el té blanco que acompañaba su desayuno quemándose un poco la lengua y, sin molestarse en cargar el lavavajillas, salió por la puerta.

En el ascensor siguió contemplando las últimas novedades sobre el tifón mientras accedía a su cuenta para donar algo de dinero a una ONG que prestaba auxilio en el país. Al llegar al séptimo piso el ascensor se detuvo y una mujer de edad muy avanzada subió soltando un escueto saludo que Fabián correspondió con un murmullo igual de opaco.

Con disimulo, observó el reflejo de la anciana en los espejos de las paredes. Nunca la había visto, pero había tantos departamentos en el edificio, la mayoría en alquiler, que resultaba imposible conocer las caras de todos los que vivían allí.

La mujer llevaba un peinado anticuado, con parte de la cabeza rapada y un largo mechón de pelo muy negro cubriéndole el lado izquierdo del rostro hasta el mentón. Su ropa era oscura, de diseño agresivo pero algo melancólico, y en sus arrugadas manos, llenas de anillos de plata decorados con ojos de cerámica, se adivinaba un viejo tatuaje.

-*“Es triste ver cómo los años pasan sobre una persona”* -pensó Fabián con un ojo puesto en la anciana y otro en un grupo de salvamento que, muy lejos de allí, sacaba el cuerpo de un niño atrapado dentro de un coche sumergido bajo el agua -. *“En algún momento la mente pierde su elasticidad estancándose en sus ideas y gustos... ¿Cómo seré yo cuándo llegue a su edad?... Supongo que no muy distinto a como soy hoy”* -concluyó con tristeza.

Una vez en la planta baja, ambos abandonaron el ascensor y salieron a la calle sin despedirse.

El barrio era mohoso y deprimente. De estrechas calles atestadas por coches mal estacionados que ocupaban la mitad de la acera y enormes edificios de fachadas descoloridas, construidos de manera apretujada para aprovechar cada centímetro, que impedían el paso del rocío matutino y robaban el sol a los transeúntes.

La lluvia era lo único predecible y constante en la ciudad, los negros chorreones de humedad en las paredes daban testimonio de su presencia durante los escasos días de sol

terminando por volver al barrio una versión húmeda del infierno; sin embargo, a Fabián le gustaban sus calles porque allí el silencio era doble, tanto en lo físico como en lo virtual.

Casi nadie caminaba por la zona, en especial a esas horas, y los pocos coches que circulaban por allí solo buscaban alejarse. El peatón solitario podía redescubrir el sonido de sus pasos y su respiración, sintiendo su eco en el vacío y el susurro de la soledad.

Ya no quedaban comercios, por lo que el WR estaba libre de la publicidad local, permitiendo navegar sin necesidad de filtros u otros sistemas anti-spam.

Dejando a un lado el sufrimiento en Asia, Fabián ingresó al popular “Planetín Sabrosón”, un World que transmitía música de forma ininterrumpida bajo la premisa de “nunca repetir la misma melodía”, promesa que cumplía a la perfección gracias a un programa de composición musical aleatorio que utilizaba registros sonoros de los últimos trescientos años, así como las voces de cantantes conocidos, fusionándolos para crear una “canción interminable” que emitían, sin pausas, desde su fundación hacía ya siete años.

Caminando en compañía de su ritmo los diversos locales vacíos en la zona, víctimas colaterales del progreso económico, de vidrieras manchadas y con viejos carteles amarillentos de productos que ya nadie recordaba, parecían ganar color y vida consiguiendo que nada luciese tan triste.

Minutos después, aquella sencilla alegría llegó a su fin al dejar atrás el barrio y adentrarse en una de las muchas avenidas cosmopolitas de la ciudad... donde el ruido era doble.

Cientos de hombres y mujeres caminaban por allí sin mirar a ningún sitio, empujándose y tosiendo sobre la nuca de los otros sin consideración, absortos en los muchos placeres que el World\_Room les ofrecía. Pero no era la masa borrosa de desconocidos la que fastidiaba a Fabián, sino el plano virtual el que lo enloquecía.

La publicidad y el marketing habían tomado el control de cada ciudad del mundo. Cientos de ventanas virtuales se desplegaban ante los ojos de los peatones; mientras que hermosas mujeres u hombres de aire feérico (variando según las preferencias sexuales indicadas en el perfil de navegación del individuo) se manifestaban cortándoles el paso con una sonrisa meliflua invitándolos a entrar en alguna tienda cercana con promesas curiosas e imposibles de eludir. Pero peor que el acoso era la sensación de “oportunidad”; ya que gracias a los datos obtenidos del historial de navegación de cada consumidor, publicidades y ofertas, siempre estaban relacionadas con artículos por los que él había mostrado cierto interés.

Programado para resultar deseable, aquel océano de “gangas” arrastraba a muchos a niveles de ansiedad y frustración inéditos ya que muy pocos tenían dinero para comprarlo todo.

Había una forma simple de escapar a ese mal: desconectarse, cosa que Fabián hacía apenas se adentraba en la zona más selvática de la civilización. El problema de aquella

elección residía en que el WR era todo; comunicación, cultura, economía y sociedad, por lo que salir de él equivalía a ser expulsado del mundo.

Según revelaban diversos estudios, casi la totalidad de los ciudadanos pasaban conectados las veinticuatro horas del día temiendo que, durante aquellos minutos “fuera de juego”, perdiesen alguna llamada importante, una noticia trascendental o alguna oferta irrepetible.

La verdad es que Fabián ya no tenía familia. Sus escasos amigos no le habían llamado ni una sola vez para decir algo importante, ni publicado nada en verdad revelador en sus perfiles. También sentía que, por más que aconteciese algo increíble en el mundo, él era tan pequeño e intrascendente que no formaría parte de ello.

En cuanto a las ofertas... A lo largo de su vida la única respuesta que había obtenido a sus deseos era: “no alcanza”; verdad que no cambiaría aquel día y, lo más probable, es que tampoco lo hiciese mañana.

Libre del barullo publicitario, la ciudad parecía más limpia y pacífica a pesar de la mugre en las calles y la indiferencia hostil de los transeúntes.

Una vez ante la boca del metro bajó las escaleras y, al reconocerle, las puertas de acceso inteligente se abrieron dejándole pasar, descontando de forma automática unos céntimos de su cuenta.

El dinero en metálico había desaparecido hacía mucho tiempo y solo los viejos lo recordaban. Todo era virtual, números sin respaldo físico que fluían con velocidad por el World\_Room. Tal era su alcance y su poder, que incluso los indigentes tenían acceso a la nueva red cargando sus organismos con los nobots más básicos, que les eran suministrados por el Estado, lo que les permitía mendigar pequeños ingresos a sus cuentas (libres de comisiones), ayuda que hacía sonreír a los más solidarios y rabiarse a los más egoístas quienes murmuraban por los rincones:

*-¿Por qué ellos tienen actualizaciones y cuentas gratis y yo tengo que pagarlas?...*

Al descender por el tercer grupo de escaleras mecánicas, Fabián escuchó el anuncio del vagón arribando a la estación y empezó a correr dando largas zancadas esquivando con agilidad a una señora con un niño. Al llegar al andén vio el metro y escuchó el pitido que avisaba sobre su inminente partida y, exigiéndose un último esfuerzo, logró pasar por los pelos a través de las puertas dobles que llegaron a rozarle la mochila al cerrar.

Recuperando el aliento, escuchó aliviado el sutil silbido del túnel despresurizándose seguido del suave arranque del transporte deslizándose sobre un colchón de aire.

Ese día tuvo suerte y no le costó dar con un asiento libre. Acalorado, se sentó soltando un suspiro y bajó el cierre de su abrigo. Algo más cómodo volvió a acceder al WR y dedicó el resto del viaje a leer “*El Capitán sin Respeto*”, una vieja novela fantástica que había descargado de la Biblioteca Virtual Nacional hacía algunas semanas y cuyo link estaba a punto de caducar. Renovar el permiso en verdad no le costaba nada, pero le fastidiaba hacer cualquier tipo de trámite por lo que deseaba terminarla pronto.

Las páginas que flotaban frente a él se veían tan reales y nítidas como el casi extinto papel, resultando fácil olvidar que solo eran imágenes proyectadas a su mente. Sin embargo, quien observase a Fabián leer sería incapaz de ver el libro, pudiendo interpretar el movimiento “sin sentido” de sus ojos como una señal de que sufría un ataque de vértigo o un inusual tic nervioso. Claro que el resto de los pasajeros estaban igual de absortos que él, tan sumergidos en las fantasías y sueños de su propia navegación que no podían prestar atención al prójimo.

Varias paradas después una caricatura graciosa, que danzaba al ritmo de una sencilla melodía, se manifestó ante las hojas del libro indicando que el tren estaba por arribar a su estación. Con un marcado suspiro Fabián cerró el archivo de la novela y, colgándose la mochila al hombro, pensó que de una vez por todas debía ingresar a su perfil de usuario de metro y cambiar el “indicador de destino” por algo mejor que ese estúpido animalito danzarín.

Nadie más bajó con él ni subió ningún pasajero, pero no era de extrañar ya que en la superficie poco había que pudiese interesar a alguien; con paso resignado comenzó a cruzar el largo andén sin asientos y de altas paredes blancas atravesadas por una solitaria línea roja horizontal en la que alguien había rayado la palabra: “*Esperanza*”.

Al terminar de subir las escaleras lo recibió un convulsionado cielo gris junto a una ráfaga helada cargada de tierra que le obligó a subir el cierre de su abrigo y, tras mirar con tristeza el desolado terreno que rodeaba la boca de metro, comenzó a caminar hacia su trabajo.

Hacía más de una década, antes del comienzo de la última gran crisis mundial, un boom en la economía y la construcción incentivó el nacimiento de diversos barrios privados, de extremo lujo y confort, en zonas periféricas de las grandes ciudades del mundo.

Para estimular la venta de estas viviendas muchos constructores con contactos en las altas esferas del consorcio de transportes consiguieron llevar a estos barrios líneas semiprivadas de tren o alargar el recorrido del metro incluso antes de haber empezado a trazar las calles.

La gran mayoría de estos barrios privados o “micro ciudades” hoy eran lugares selectos donde vivía la élite pero otros; levantados durante los últimos años de bonanza ficticia, fueron abandonados en distintos puntos de su construcción y hoy yacían como pueblos fantasmas “a estrenar” en medio de la nada.

Todas las estaciones de tren exclusivas estaban hoy abandonadas y con sus vías devoradas por la maleza; pero algunas de las de metro aún brindaban su servicio a aquellos puntos olvidados dentro de su recorrido habitual. Para fortuna de Fabián, la estación que lo acercaba a su trabajo era una de esas excepciones, permitiéndole ahorrar bastante dinero al moverse en transporte público antes que en su pequeño coche eléctrico cuyo coste de recarga parecía incrementarse mes a mes.

El barrio fantasma en el que trabajaba como vigilante de seguridad estaba rodeado por altas paredes de gruesa chapa cubiertas por incontables capas de grafitis, algunos de gran

valor artístico, otros meros mamarrachos y rematadas por alambres de espino que le daban una apariencia comparable a cualquier prisión.

Al llegar a la puerta de entrada, una reja roja tapada con chapas negras, Fabián se conectó al “*Town\_Room*” del servicio usando su clave personal y avisó a su compañero que había llegado para relevarlo (llamado también TR, era una red privada para uso exclusivo de un colectivo de profesionales, por lo general ligada a un sitio físico de trabajo, sin conexión directa al *World\_Room*).

Durante los minutos que esperó a que le abrieran, observó indiferente el viejo telefonillo con cámara que había junto a la reja. Lo habían pintarrajeado y roto a golpes tantas veces que al final desistieron de cambiarlo.

Un trueno lejano lo obligó a mirar el cielo, tormentoso y amenazante como pocas veces.

-Por favor, ¿qué no llueva! -susurró sin esperanzas.

Cuando llovía ciertas partes del barrio solían inundarse y un intenso olor a podrido se apoderaba de cada rincón.

El sonido de unas llaves tintineando, junto a una voz carrasposa que murmuraba insultos indefinidos, llegó desde el otro lado de la entrada seguidos por el ruido de un candado abriéndose y unas pesadas cadenas deslizándose. Sin pensarlo, Fabián apoyó un hombro contra la reja y comenzó a empujar para ayudar a abrirla.

-¡Esta condenada puerta de mierda pesa cada día más! -lo recibió Aban, su compañero, gritando enfurecido.

Era un hombre de edad avanzada que llevaba en la profesión más años de los que quería recordar. Tenía una piel muy blanca y una cabellera canosa que, según como reflejase la luz, parecía transparente dándole la apariencia de llevar una peluca de hilo de pescar. Su rostro era muy delgado y estaba recubierto por gran cantidad de arrugas, y sus ojos, de un negro muy intenso, siempre tenían un extraño brillo húmedo que le hacían parecer a punto de llorar.

-¿Qué tal la noche? -preguntó Fabián con cortesía, observando el negro y grueso impermeable de su compañero que desentonaba con la colorida mochila que cargaba a la espalda.

-¡Horrible! -exclamó el viejo con su voz rasposa, testigo de incontables años de fumador compulsivo -. El frío en esta zona llega a ser insoportable durante la noche y esa porquería de estufa que nos dieron, ¿tiene más años que Matusalén!, no podría caldear ni una cabina de ducha y mucho menos esa pocilga -gritó, señalando hacia la gran garita de metal en la que trabajaban -¡Podrían habernos puesto uno de esos sistemas de paneles solares y suelo radiante! Pero no, claro, ¿eso cuesta dinero...!

Durante casi un cuarto de hora Fabián escuchó el monólogo de Aban repleto de insultos hacia sus jefes y comentarios sobre lo viejo que estaba para pasar por aquellas



calamidades, recalcando su ansiedad porque pasasen los meses, cumplir los setenta y cinco años y jubilarse de una vez. Aunque esa “libertad” le daba miedo porque, como todos sabían, las pensiones estaban congeladas desde hacía tiempo y no se dejaba de oír en las noticias que el estado incumplía los pagos por falta de fondos.

Cuando al fin el viejo recordó que estaba apurado por salir de allí, se marchó sin despedirse con paso rápido rumbo a su casa (o al bar, que era su verdadero hogar).

Fabián lo vio partir en silencio y, tras cerrar la puerta, comenzó a caminar por el barrio fantasma con el cerebro latiéndole aturdido, preguntándose cómo serían las cosas cuando pudiese retirarse y si llegaría alguna vez esa hora. Era probable que para cuando él cumpliera setenta y cinco la edad de jubilación se hubiese extendido... o que la ley contemplase morir en el trabajo y ser reciclado en forma de galletas que darían en el almuerzo a los demás empleados.

-“¡Cómo en aquella vieja película!” -se dijo intentando tomar las cosas con algo de humor.

La garita del servicio era una aberración arquitectónica que se elevaba unos cuantos metros sobre los techos de las casas para dar una buena visión de los alrededores. Su chirriante escalera siempre parecía a punto de desmoronarse ante el insistente viento. El color del que estaba pintada por dentro y por fuera, un verde grisáceo, terminaba de darle la apariencia de un tanque de agua o cualquier otra cosa no apta para ser habitada por personas.

Al entrar, un penetrante olor a tabaco mezclado con alcohol lo recibió con la intensidad de una bofetada; Aban había fumado y bebido toda la noche otra vez. Suspirando resignado, dejó sus cosas sobre el escritorio de metal e ingresó las últimas claves que le permitían conectarse por completo al TR de su trabajo.

Aunque muchos de los elementos físicos de seguridad de los que disponían eran viejos e imprácticos, la estructura virtual del Town\_Room era en verdad muy buena. Con un simple comando de voz Fabián podía acceder a cualquiera de las miles de micro cámaras distribuidas por el barrio y, en el caso de tener que ver algo con mayor detalle, podía solicitar una “representación quiral”: programa que desplegaría ante sus ojos una recreación virtual del exterior tan realista como estar allí, pero sin exponerse a ningún peligro.

Tras echar un rápido vistazo por los alrededores y confirmar que todo estaba en orden, leyó el informe dejado por Aban en el que la frase: “*Control perimetral sin novedad*” se repetía una y otra vez siempre con el mismo error ortográfico, evidencia de un “copy/paste” negligente.

Sin nada más que hacer, Fabián se conectó al WR visitando “*Cinema Retro*”, una filмотeca donde podían verse miles de películas y series antiguas por apenas unos céntimos y que, además, ofrecía todos los días la posibilidad de ver de forma gratuita films de algún género en concreto. Aquél día el World estaba ambientado representando una serie de callejones sórdidos mal iluminados y llenos de carteles del llamado “cine negro”. Tras dudar un poco, terminó por elegir un oscuro policial sueco de fines del siglo XX y se sentó a pasar el día.

Las horas desfilaron con lentitud hasta que, a mitad de la jornada, se vio en la obligación de cumplir con la ronda de inspección física que dictaba el manual de operaciones del servicio.

Con el despliegue tecnológico que había en el sitio abandonar la garita para caminar por el barrio desierto era una auténtica tontería ya que, para hacerlo, se veía obligado a desconectar algunas alarmas y sensores primordiales comprometiendo de forma considerable la seguridad.

Según le contaron aquella medida había sido impulsada hacía tiempo por un tal Pedro quien hizo lo impensable por destacar de entre sus compañeros hasta el punto de conseguir ponerse en contacto con la junta de constructores, quienes todavía cuidaban la urbanización a la espera de un hipotético resurgir del mercado, convenciéndolos de que allí no se hacía lo suficiente y que una ronda a pie era superior a una virtual.

La idea distaba de ser buena, pero se impuso de igual modo ya que la junta comenzó a exigirla y había que tener contento al cliente.

Dos meses después, Pedro fue descubierto robando material de construcción para revenderlo y, si bien el vigilante fue despedido, la obligación de la ronda quedó.

Tras bajar las escaleras, Fabián comenzó a caminar por el barrio y unas dispersas pero gruesas gotas de lluvia comenzaron a caer forzándole a mirar al cielo con desprecio. Refunfuñando como un viejo se cubrió la cabeza con la delgada capucha de su uniforme y apuró el paso para terminar cuanto antes.

A lo largo de los años que llevaba en aquella profesión había servido en diversos lugares abandonados: hospitales, escuelas y centros comerciales que cayeron durante la crisis, y al caminar por ellos siempre sentía miedo. Había algo antinatural en los lugares que, construidos para albergar a cientos o miles de personas, yacían vacíos. Eran un testigo de lo efímero del hombre y de su soledad.

Pero allí era distinto. El barrio no tenía historias propias, nadie había vivido entre sus paredes; un sitio tan virgen que ni los fantasmas querrían habitar en él. Los negros marcos de las ventanas sin vidrios; los cables que colgaban de los techos; las piscinas, rajadas y desconchadas algunas, otras anegadas por aguas estancadas, hablaban de otro mal humano. Uno que Fabián conocía bien y le atormentaba cada mañana al verse en el espejo: el barrio era la imagen de lo inconcluso, del fracaso, y aunque solo hacía una semana que trabajaba allí, sentía haber recorrido sus calles durante un siglo.

Tras media hora de caminata llegó al último tramo del largo circuito de puntos de control por los que debía pasar, bajando por la avenida principal hasta la garita.

Apenas dobló la esquina notó algo raro. Lejos, en mitad de la calle, había algo tirado en el suelo pero la lluvia, ya por entonces copiosa, le dificultaba la visión.

Frunciendo el ceño comenzó a avanzar. ¿Qué era eso? ¿Un costal?... Había recorrido esa misma calle el día anterior y sabía que la avenida debía estar despejada a excepción de una gran pala de tractor oxidada que dejaron los obreros al marcharse.

Sí en verdad era un costal parecía estar lleno y ser muy pesado, la tormenta no pudo haberlo arrastrado hasta allí, alguien tenía que haberlo movido... Pero si hubiese otra persona además de él en el barrio, el sistema de micro cámaras y sensores tendría que haberlo detectado poniéndolo sobre aviso, desplegando una ventana frente a sus ojos y mostrándole el punto exacto en el que se había registrado movimiento... Claro que sí el intruso aprovechó a colarse mientras daba la ronda, cuando la mitad de los sensores están desconectados para evitar falsas alarmas, era posible que estuviese por ahí escondido...

Preocupado frenó sus pasos y miró a su alrededor pensando en los nuevos sistemas de seguridad que permitían excluir de la red de sensores la presencia del vigilante dándole la libertad de inspeccionar un sitio sin desactivar las alarmas. Si lo tuviesen allí...

-¡Ha de haber sido Aban! -exclamó en voz alta al sentir que se le iluminaba la mente - ¡Cuándo se pasa de copas hace tonterías! - agregó junto a una risita forzada con la que intentaba espantar sus miedos y recordando algunas de las anécdotas que le habían contado sobre el viejo.

Manteniendo la dura sonrisa, comenzó a acercarse a la cosa arrastrando los pies por la calle mal pavimentada y, mientras más cerca estaba, más se convencía de que no se trataba de un costal. Su corazón marcaba el ritmo de sus pasos sacudiéndole el pecho y sintiendo sus latidos en la nuca. La lluvia, que parecía haber duplicado su intensidad de un segundo a otro, lo golpeaba con furia obligándole a agachar la cabeza.

-“¡No puede ser!” -pensó al adivinar de qué se trataba -.“No, no, no...” -repitió con fuerza y convicción como alzando una plegaria sin dejar de mirar hipnotizado aquello que yacía en el suelo. Cuando estuvo a escasos centímetros no pudo negar lo que veía: era un perro... O mejor dicho; el cuerpo de un perro enorme, cruce de labrador y dalmata, al que alguien le había cortado la cabeza con quirúrgica crueldad.

-¿Quién es capaz de...? -susurró quedándose a media frase al razonar que el culpable debía de estar aún dentro del barrio.

Asustado, mordiéndose los labios, miró a su alrededor esperando encontrar la enloquecida figura de un hombre alzando un hacha, pero no vio más que casas con ventanas oscuras y puertas provistas de chapa.

Apretando los dientes bajó la vista y observó una vez más al perro decapitado de pelaje blancuzco y manchas oscuras. Su sangre se escurría por el suelo, diluida en el agua de lluvia.

-Hace poco que lo mataron -dijo al notar que todavía emanaba del corte.

Nervioso miró una vez más a su alrededor y, apretando con fuerza el mango de su tonfa policial, accedió al TR solicitando una “representación quiral” de los hechos recientes.

En segundos, el mundo virtual se superpuso al real y una serie de números estadísticos y cuadros de opción comenzaron a flotar alrededor del vigilante que, mirando el cuerpo del perro, activó la opción “REW” y contempló como el tiempo comenzaba a fluir hacia atrás.

La lluvia ascendía en vez de caer, los charcos de agua se hacían cada vez más pequeños y la sangre regresaba al cadáver con lentitud, detalles curiosos que a él no le importaban, solo quería descubrir al responsable.

Dos, cinco, ocho minutos de grabación retrocedieron sin cambios, pero al entrar en el noveno la imagen se degradó estallando en incontables cubos de colores primarios y, al restablecerse, el perro ya no estaba allí.

Intrigado, con la boca abierta en un gesto estúpido, Fabián se dio la vuelta y pudo ver al animal vivo caminando hacia atrás, alejándose a medida que la grabación seguía retrocediendo.

-¡Play! -gritó, y la grabación volvió al modo normal.

El perro caminó bajo la lluvia con apariencia lastimera rumbo al sitio donde encontraría la muerte, pero esta vez Fabián lo ignoró centrándose en los alrededores. Si el asesino se había escondido por allí alguna de las cámaras tendría que haberlo captado; sin embargo, cuando el animal estaba a mitad de distancia de su destino, la distorsión volvió a repetirse nublando el mundo a su alrededor y, al cesar, el pobre vagabundo yacía a sus pies una vez más.

-¿¡Pero qué mierda es esto!?! -gritó el vigilante desenfundando su tonfa, si el margen de tiempo era correcto el asesino actuó minutos antes de que llegase y todavía tenía que estar por allí.

Al darse cuenta de lo vulnerable que era, Fabián comenzó a correr por la avenida rumbo a la caseta conectándose con el WR de la policía local solicitando ayuda inmediata.

Tras subir los escalones de dos en dos, Fabián entró en la garita y revisó cada rincón para asegurarse que no había nadie escondido dentro de una taquilla o en el baño. Una vez que se sintió a salvo se sentó a esperar a la policía, levantándose solo unos segundos después para trancar la puerta con una vieja silla por las dudas.

Esperando la llegada de los agentes, Fabián comenzó a desplegar todas las ventanas del sistema Town\_Room que mostraban a tiempo real los alrededores y las agrupó a su derecha, mientras que a la izquierda colocó aquellas que reproducían a toda velocidad las grabaciones del día con la esperanza de descubrir al culpable, sin encontrar nada revelador.

En ningún momento soltó su tonfa, si sucedía algo estaría listo, pero en el fondo de su corazón sentía que aquella defensa, en cuyo uso apenas había recibido formación, era tan inútil y endeble como un salamín ante un peligro real.

La policía llamó al portero automático de la entrada y su estridente chicharra lo hizo saltar de la silla. Con el corazón en la boca, abrió la puerta de su caseta y comenzó a correr rumbo a la entrada. El miedo le había hecho olvidar que, si bien el telefonillo estaba roto, aún funcionaba el timbre pero no tenía modo de responder.

Sonó dos veces más, y luego recibió una llamada de los agentes directo a su *Personal\_Room*.

- ¡Ya voy, ya voy! ¡Esperadme, no os marchéis!-contestó a los gritos sin dejar de correr cuando, de repente, todo a su alrededor se tiñó de color rojo y una alerta comenzó a sonar dentro de su cabeza.

-¡Puto sistema de seguridad! -maldijo rabioso.

Al abandonar la garita olvidó desconectar los sensores por lo que el sistema lo ponía en aviso sobre una intrusión: la suya propia, y una enorme ventana se desplegaba frente a sus ojos mostrándole una filmación de él mismo corriendo.

Con manos temblorosas Fabián quitó el cerrojo y las cadenas de la entrada mientras ingresaba los comandos de voz que desactivaban la alarma.

-Buenas tardes señor. Recibimos un aviso... -lo saludó la mujer policía tras la puerta quien observó con perspicacia su rostro colorado y sudoroso.

-Sí, sí, pasad por favor... -contestó observando a los dos agentes con curiosidad.

La mujer, que llevaba las insignias de sargento en los antebrazos y el pecho, era muy alta y delgada, casi esquelética, de piel muy blanca, nariz aguileña y rostro afilado. Su roja cabellera, plagada de largas rastas, se complementaba muy bien con sus profundos ojos verdes.

Su compañero, que parecía novato, era bajito, de piel morena, complexión atlética, pelo negro y una cabeza algo grande en comparación a su cuerpo.

Ambos vestían los típicos uniformes de la época: de tela naranja con refuerzos en metal cerámico negro de alta resistencia. Combinación de colores que, junto al curioso diseño de la vestimenta, a Fabián siempre le habían hecho gracia por relacionarlos con unos antiguos héroes japoneses de TV, esos que combatían contra tipos mal disfrazados de monstruo en ciudades de cartón.

-El reporte que recibimos no fue claro. ¿A qué nos enfrentamos? -preguntó la sargento clavando sus profundos ojos en los de Fabián.

-Bueno, estaba realizando una ronda cuando encontré un perro muerto...

-¿Nos ha llamado por un perro muerto? -intervino el policía bajito y cabezón.

-¡No!... bueno; ¡Sí! ¡Alguien decapitó al pobre animal y lo dejó tirado en mitad del barrio! -contestó Fabián hablando con velocidad, sintiendo una extraña satisfacción cuando el policía contrajo los labios impresionado -. ¡Y el muy hijo de puta tuvo que hacerlo apenas unos minutos antes de que yo pasase por allí!

La mujer policía recorrió el sitio con la vista estudiando el entorno.

-Barrios fantasmas de mierda, deberían derribarlos... -murmuró negando con la cabeza -¡Solo traen problemas!

Fabián se encogió de hombros sin saber qué decir.

-Llévenos al sitio por favor. Un lugar como este debe tener al menos un sistema TR, ¿Verdad? - preguntó la sargento -¡Denos acceso a él! -ordenó con velocidad sin esperar respuesta.

Fabián obedeció sin rechistar y, tras ingresar las claves pertinentes, permitió a los agentes conectarse de forma directa al Town\_Room. Ahora los tres verían lo mismo, aunque el control del sistema seguiría en sus manos.

Una vez junto al perro los policías apenas lo miraron.

-¿Cuándo lo encontró? Pónganos la grabación -ordenó la mujer.

-Allí, mirad -contestó Fabián desplegando una ventana en la que se lo veía a él frente al cadáver.

-¡No lo ponga en 2D! ¿Tiene recursos quirales? ¡Utilícelos! -exclamó la sargento abriendo los brazos con gesto irritado.

Fabián obedeció y, de inmediato, el entorno cambió ante sus ojos mostrando una representación de los hechos tan real que parecía hubiesen retrocedido en el tiempo. El perro todavía yacía a sus pies y el enorme portón de la entrada seguía abierto con el patrullero estacionado frente a él, pero apenas se veían como figuras fantasmagóricas cubiertas por el mundo virtual.

Cuando las primeras reconstrucciones quirales de ámbito comercial irrumpieron en la vida cotidiana (hasta ese momento la tecnología se había usado solo para entrenar a militares), desataron una pequeña discusión pseudo-filosófica entre los pensadores. Algunos recalcaron que: *“la virtualización del entorno hasta el punto en que lo falso resulta más real, conciso y deseable que lo verdadero no puede ser beneficioso para la sociedad. Cuando una persona es más feliz ante la representación virtual de lo que no puede tener, que con aquello de lo que dispone en verdad, abandona el deseo de superación y prosperidad”*.

Por supuesto todas las discusiones se diluyeron con velocidad hasta morir en el olvido cuando el usuario promedio descubrió los nuevos y maravillosos juegos, películas y video-novelas interactivas que les proporcionaba la nueva tecnología, desluciendo a los medios audiovisuales convencionales hasta tal punto que, en solo unos años, habían desaparecido casi por completo.

Dieciséis años después, no había trabajo, profesión o momento de ocio que pudiese concebirse o desarrollarse sin una representación quiral de por medio, llegando al punto en que nadie entendía como la humanidad prosperó durante milenios sin ella.

-Parece un corte muy limpio -comentó la sargento observando el cuerpo decapitado.

-¿Qué hacía en ese momento? -preguntó el policía cabezón señalando al doble virtual de Fabián que aparecía en la reconstrucción.

-Miraba a mí alrededor en busca de pistas... Creo que en ese momento estoy accediendo al TR para ver cómo llegó el animal hasta aquí... -contestó Fabián

observándose avergonzado a sí mismo. Las representaciones quirales podían ser más crueles que cualquier foto o video si una persona no se sentía a gusto con su imagen ya que exhibían todos los defectos en tres dimensiones. La cara de terror de su doble y los movimientos nerviosos y sin sentido que hacía con los brazos y piernas eran tan patéticos que resultaban graciosos.

-¿Y qué es lo que vio? ¡Reproduzca ese momento de la grabación! -insistió la mujer con agresividad.

Fabián obedeció frunciendo el ceño. La actitud imperativa de la policía comenzaba a resultarle desagradable. Cuando la grabación llegó al punto en el que el perro era atacado, la imagen se distorsionó una vez más llenando el mundo con cubos coloridos y extraños borrones.

-¿Qué fue eso, una distorsión...? -preguntó el policía cabezón desconcertado.

-¿Suelen tener problemas como este en las grabaciones? -preguntó la sargento.

-No... -contestó el vigilante con vacilación.

-¿Sí o no?

-¡No que yo sepa! -exclamó Fabián agitando una mano con gesto de hartazgo, no le gustaba que lo interrogasen como a un criminal -¡Hace poco más de una semana que sirvo en el sitio! Nadie me ha comentado ningún tipo de problemas. ¡Pero ya saben cómo van las cosas en este trabajo!: sí no hay incidencias nadie mira las grabaciones, ¡y mucho menos se solicita una reconstrucción quiral! -concluyó con un débil pero sonoro pisotón al suelo que salpicó agua para los costados.

-¡No se ofusque compañero! -exclamó el policía cabezón anteponiendo una mano.

-Entienda que es mi trabajo hacer estas preguntas. Y, siendo sincera, la situación no me gusta y me preocupa -dijo la mujer sin demostrar ningún sentimiento en su voz o su semblante -. Hay muy pocas cosas que puedan interferir de tal modo con un sistema TR y, en teoría, ninguna de ellas debería andar por aquí... ¿Es posible que usted o alguno de sus colegas tengan un “asunto pendiente?”

-¿A qué se refiere con eso?

-Ex pareja agresiva, deudas de juego...

-No... No lo sé. A mis compañeros solo los veo cuando me relevan y... hablamos tonterías antes de marcharnos a casa. No son mis amigos.

-¿Y usted? ¿Hay alguien que quiera mandarle un mensaje? -preguntó la sargento con voz melosa y poco disimulo.

-¡No! Mi vida es... ¡muy tranquila! -exclamó haciendo un esfuerzo para no decir “miserable”.

Los policías asintieron en silencio y comenzaron a estudiar los alrededores con

detenimiento. A ojos de Fabián ambos parecían tontos observando el suelo y las paredes sin sentido, pero en verdad veían mil cosas a la vez que un simple civil no podía ni imaginar. El ciudadano de a pie contaba con nobots estándar que accedían a los contenidos del WR más comunes, pero ciertas profesiones (o aquellos con suficiente dinero como para permitirse lujos extraños), podían dotar de funciones extras a sus nobots o incluso contar con modelos específicos capaces de depurar, reforzar o alterar el organismo hasta el punto de agudizar sentidos y reflejos a niveles increíbles otorgando auténticos “súper poderes”. ¿Qué estaban viendo aquéllos policías? Fabián solo podía intentar adivinarlo, pero era sabido que todos los agentes podían acceder a una increíble base de datos que se actualizaba segundo a segundo y reconocía, de forma automática, los rasgos de un criminal fichado poniéndolos sobre aviso de con quién trataban. Algunos agentes gozaban de tecnología que les permitía ver en la oscuridad, o eran capaces de acceder a vistas satelitales del sitio en que se encontraban así como a la cámara de un helicóptero durante una persecución.

-Es raro, muy raro... ¿Tu qué opinas Godoy? -preguntó la sargento a su compañero, quien se limitó a encogerse de hombros y negar con la cabeza.

La mujer frunció el ceño disgustada y, dirigiéndose a Fabián, dijo:

-Según la red “*Augen-des-Himmels*”, apenas ha habido actividad en la zona durante las últimas siete horas: Usted llegando al trabajo, vuestro compañero marchándose y una moto que paró aquí sobre el medio día y llamó a la puerta.

-Sí, era el repartidor de un restaurante a unos kilómetros de aquí... Cocinan bien y es barato, les he comprado otras veces desde que trabajo en este servicio.

-Lo entiendo; a mí también me gusta comer de vez en cuando algo que no haya salido del Omnichief -dijo la sargento de forma cortés consiguiendo que Fabián esbozase una sonrisa al notar un gesto más cálido en ella -. Nadie ni nada parece haberse movido por los alrededores. Puedo creer que la red de satélites no captase al perro a través de las densas nubes de lluvia, pero es imposible que alguien llegase hasta aquí sin emitir su señal “PR”... Además, valiéndonos de nuestros sistemas tampoco captamos ningún indicio extraño.

-¡Bueno, no ha parado de llover! -exclamó el policía cabezón -El agua pudo borrar las huellas hasta el punto que ni con nuestra macrovisión identificamos los rastros.

-Godoy... -dijo la sargento con tono represivo. Al parecer el novato había hablado más de la cuenta.

-Oigan: ¡los perros decapitados no suelen caminar mucho hasta caer muertos! Alguien... algún hijo de puta tuvo que... -dijo Fabián con dificultad. Estaba tan nervioso que la mandíbula le temblaba con fuerza y no sabía hacia dónde mirar; el animal muerto le hacía sentir tal lástima y rabia que tenía ganas de vomitar, la policía de rastas pelirrojas lo intimidaba, y el novato bajito y cabezón le provocaba una extraña sensación de desprecio.

-Reproduzca la grabación en cámara inversa desde el punto exacto de la distorsión. Veamos desde dónde entró el perro -dijo la sargento dándose unos golpecitos en su nariz aguileña.



Fabián activó la grabación y la representación quiral del perro apareció frente a ellos.

-Godoy, carga las “bell”. Yo llevaré las “old boy”.

-Ok -contestó el policía haciendo una extraña mueca mientras metía un cargador en su pistola.

Fabián apretó los labios pasando la vista del arma de uno a la del otro. ¿Para qué preparaban sus pistolas? ¿Qué esperaban encontrar? Las balas “bell” eran un tipo de munición que hacía pocos años habían entrado en servicio. A simple vista parecían iguales a las demás, aunque con el casquillo blanco y la punta roja. Dentro contenían un complicado e innovador micro transmisor que, al impactar contra un agresor, producía un sonido similar al tañido de una campana (de ahí su nombre). Este pulso cargaba una señal especial que afectaba a los nobots del agresor dándoles la orden de inhibir los impulsos eléctricos del cuerpo dejándolo en un estado de parálisis temporal.

“Old boy” era un mote con el que llamaban a las tradicionales balas de metal, munición que solo podían cargar los agentes con cierta cantidad de años en el cuerpo y usar en condiciones muy específicas; como cuando las “bell” no surtían efecto, ya que existía una red clandestina de distribución de “App’s anti-bell” que algunos criminales descargaban a su Personal\_Room en una guerra constante de actualizaciones y re-actualizaciones entre ambos bandos; *(El Personal\_Room, también llamado PR, es el sistema único formado por la comunidad de nobots de cada individuo que lo identifica ante el World\_Room como un DNI virtual. El PR incluye datos médicos, bancarios, fiscales y civiles, pudiendo enriquecerse con aplicaciones extras a gusto de cada usuario)*

En silencio, soltando densas nubes de vaho en la fría tarde lluviosa, los tres siguieron la representación del perro que, con ojos cansados y tristes, retrocedía por el barrio fantasma.

- Es curioso... - dijo la sargento observando al animal - tiene un ojo de cada color.

A lo largo de diez minutos, le vieron olisquear paredes y levantar una pata absorbiendo un charco de pis hasta que por fin salió de culo por un agujero en una de las paredes que rodeaban al barrio.

La sargento se colocó en cuclillas junto a la abertura examinándola con cuidado.

-¿A qué se debe esta chapuza? -preguntó pasando un dedo por el borde herrumbroso del agujero, donde colgaban trozos del alambre que habían tensado para sostener el improvisado parche de chapa que lo tapaba.

-En verdad no lo sé -contestó Fabián observando la chapa en el suelo, con chorretones de óxido en su superficie y unas huellas de barro dejadas por el perro al entrar -. Cuando alzarón estas barreras lo hicieron mal y deprisa, con sobrantes de vaya uno a saber qué obra. ¡Hay chapuzas por el estilo a lo largo de todo el perímetro!

-Parece estar en lo cierto... -contestó la sargento doblando con el dedo un trozo de alambre que se cortó como si fuese de mazapán cayendo al suelo.

-¿Y desde cuándo está el agujero? ¿No lo vio durante la ronda? -preguntó el policía cabezón mascando un chicle que acaba de meterse en la boca y señalando la brecha.

-No, debe haberse caído hace poco... -contestó Fabián.

-Averigüémoslo... Adelante la grabación unos cuantos minutos, hasta el margen de tiempo en que encontró el perro muerto en la avenida, así sabremos si alguien entró durante ese lapso. Luego, si no vemos nada, retroceda a máxima velocidad para comprobar si alguien tiró esto abajo o se cayó solo -pidió la sargento.

Fabián adelantó la reproducción quiral hasta el punto indicado comprobando que nadie había entrado por allí. Luego comenzó a retroceder y, con gran vergüenza, se vio a sí mismo pasar frente al agujero sin notarlo durante tres días consecutivos hasta que, como sospechaban, la chapa se cayó sola al ceder los alambres oxidados que la sostenían.

-Hace casi cuatro días que el agujero está ahí, y ni usted ni sus compañeros lo vieron durante las rondas... -dijo la sargento cruzándose de brazos, sin apartar la vista de la chapa caída.

Fabián enrojeció de vergüenza, los agentes no hicieron ningún comentario más al respecto, pero el brillo en sus miradas, en especial la del policía novato que mascaba chicle con la boca abierta, lo decían todo.

La siguiente media hora pasó a tal velocidad que Fabián sintió como si fueran dos minutos. Los policías investigaron un poco más sin sacar nada en claro, decidiendo volver junto al cadáver y comunicarse con la central.

Una representación quiral se manifestó delante de ellos sobre la avenida mostrando a un hombre muy alto de unos cincuenta años, con cabello rubio pajoso, cara redonda y aspecto bonachón aunque por sus arrugas denotaba cierta tristeza.

-Hola Carla, ¿Qué alegría me traes hoy? -preguntó el forense.

-Hola Maximilian. Tenemos este perro que...

-¿Dónde estás tienen TR y sistema quiral? Conéctame; de momento te veo a ti de pie en medio de mi morgue...

-Lo siento -dijo la sargento indicándole a Fabián que diese acceso al médico para que todos viesen lo mismo.

-¡Otro de esos barrios! -exclamó Maximilian mirando a su alrededor -. Traen muchos problemas, el que no se convierte en un basurero de sangre termina por... ¡En fin!... -susurró mirando al cielo y sonriendo al ver caer la lluvia que no podía mojarlo -. Bien, estudiemos esto -dijo subiéndose su larga bata verde para agacharse con facilidad junto al cuerpo -El corte es limpio, quirúrgico, muy profesional... Tráemelo. -ordenó cruzándose de brazos y desapareció en el aire como un fantasma al cortar la conexión.

Tras guardar el cuerpo del perro en una bolsa especial, los policías se marcharon sin hacer ningún comentario, ambos parecían igual de confundidos e incómodos que Fabián

con respecto a lo que había sucedido allí.

Una vez solo, Fabián se encerró en la garita rodeado por alarmas y sensores que ya no le parecían tan fiables. Soltando un largo suspiro metió una cápsula de “capuchino” en el Omnicheff, insultando por dentro a sus compañeros al ver que, una vez más, no se habían molestado en limpiar los filtros o vaciar el contenedor.

Cuando se sentó a la mesa, con la taza humeante frente a sus ojos, se dio cuenta que no había recibido ninguna llamada del Centro Activo de Alarmas. Cuando un sensor da una alerta o un vigilante accede al WR para dar un aviso a la policía, el Centro Activo recibe una señal y, en teoría, debe ponerse en contacto con el vigilante para comprobar que todo esté bien, enviando en caso de ser necesario un “Grupo Operativo de Apoyo”. Pero él no había recibido nada, ni siquiera un mensaje grabado diciendo: “nos preocupamos por usted”. Indignado dio un golpe en la mesa volcando parte del café y llamó a Kobayashi, el inspector del servicio, un hombre alto y corpulento de rostro redondo que siempre parecía exhibir una sonrisa. Aunque hacía años que trabajaba en lo mismo, lo había visto contadas veces, siempre contactaban por el World\_Room.

-¡Hola Fabián, qué te cuentas! -exclamó el inspector Kobayashi con su habitual voz alegre.

-Bueno... hubo un problema en el servicio -contestó Fabián observando la imagen fija y sonriente del inspector que mostraba el sistema de comunicación, por algún motivo este jamás se manifestaba en una reproducción quiral -Verá, haciendo la ronda encontré un perro muerto en la avenida principal... decapitado; alguien lo decapitó.

-¡No puede ser! ¿Pero... los sensores no captaron nada?, ¿No saltó ninguna alarma? ¿Has solicitado una reconstrucción quiral? ¿Qué has visto?... -preguntó Kobayashi hablando a gran velocidad con preocupación pero sin perder su tono alegre.

-Nada. Algo interfirió el sistema justo en el momento del incidente. El perro... entró por una abertura en los muros, se vino abajo por la erosión del óxido. Tendrán que mandar a alguien a arreglarlo...

-¡Me pondré en contacto con los clientes para que se hagan cargo! Pero dime: ¿has hablado con la policía?, ¿Qué te han dicho?

-No tienen idea de qué pudo suceder,... se llevaron el cuerpo prometiendo ponerse en contacto con nosotros si encuentran algún dato que nos incumba...

-¡Como pillen al cabrón que hizo algo así se le va a caer el pelo! ¡Las nuevas leyes sobre protección animal son muchos más crudas que hace unos años! -contestó el inspector con optimismo -. Pero, dime: ¿estás bien, necesitas algo? ¿Estás a salvo, con todas las alarmas conectadas?

-Sí... lo único es que el Centro Activo no se puso en contacto conmigo al recibir la alarma...

-¡Bueno!, hoy hubo un problema. Parece que las tormentas afectaron nuestro TR

dejando inoperantes las conexiones entre servicios por unos minutos... tal vez justo coincidió con tu alarma.

-Claro, puede ser... -contestó Fabián con acritud, era la excusa más barata que había oído en meses. Desde hacía tiempo corría el rumor entre sus compañeros que la empresa había desmantelado gran parte del Centro Activo, muy caro de mantener, pero seguían cobrando a los clientes por el “complemento” del servicio. Él no creía que algo así pudiese ser cierto, pero los hechos comenzaban a hacerle dudar.

-En verdad es muy raro y... ¡preocupante! lo que me cuentas -dijo el inspector con un tono tan alegre que Fabián sintió que lo estaba vacilando. - Pero mira, ha pasado el susto, ¡ya no hay peligro! ¿Sabes una cosa?, me has llamado justo cuando estaba buscando a alguien para cubrir el turno de mañana allí; ¡en tu servicio!

-¿Qué le ocurre a Richard? -preguntó apretando los dientes, adivinando lo que venía a continuación.

-Ya sabes que se está divorciando de su marido no en muy buenos términos. Además está el tema de la custodia de su hijo adoptivo, los dos pugnan por él y... en fin, mañana tienen que ir a los juzgados para intentar una conciliación y no llegar a juicio... Tú tienes el día libre, ¿podrías cubrirlo? -le preguntó Kobayashi con un tono que no dejaba mucho margen de respuesta.

-Hace catorce días seguidos que trabajo...

-Sí, ¡pero sabes que estamos muy cortos de personal! La empresa no puede permitirse más empleados con esta crisis... Además, te acabo de transferir a un servicio muy tranquilo, ¡Ni punto de comparación con el anterior!

-Eso es cierto... -susurró Fabián, incluso con el perro muerto el barrio era mejor que la horrible discoteca rebosante de humo y ruido en la que había trabajado el último año.

-Después de lo que pasó con Pedro los clientes son muy reticentes a meter gente nueva, ¡te aceptaron solo porque yo te recomendé! Dime: ¿no te vendría bien ganar algo más de dinero?...

Fabián se mordió los labios con rabia, unos créditos más a fin de mes nunca están mal, pero necesitaba descansar.

-Bueno, lo cubro. Pero durante los dos días libres que me queden, ¡no me llames!, me los voy a tomar.

-¡No te preocupes por eso! ¡Seguro que Aban los coge aunque tenga que doblar turno! Ya sabes que necesita el dinero... ¡Como todos! -exclamó el inspector soltando una risa profunda que indignó a Fabián -¿Quedamos así entonces? ... Bueno, no te preocupes más por lo del perro ese, el peligro ya ha pasado y, no lo olvides: ¡la empresa se preocupa por ti!

-Sí, gracias, adiós...-contestó Fabián de forma mecánica, conteniendo las ganas que sentía de mandar a su jefe a la mierda.

Vencido y cansado, con la imagen del perro decapitado muy nítida en su mente, Fabián se reclinó en el asiento y tapándose con su grueso abrigo, programó sus nobots para una siesta de hora y media. Aquel día ameritaba mandar todo atisbo de profesionalidad al carajo.

Horas después llegó Sergei, el relevo del turno de noche, un hombre de mediana edad muy alto y delgado, de cabellos rubios muy sedosos y unos intensos ojos negros que, en días de sol, cobraban un extraño tinte verdoso.

Apenas Fabián abrió la puerta, lo primero que vio de su compañero fue su radiante sonrisa perlada. Según le había comentado Aban, durante los años que llevaban trabajando juntos no había visto sonreír a Sergei ni en año nuevo, pero desde hacía unos meses el hombre no desaprovechaba ni la más mínima oportunidad de encandilar a todos con su sonrisa. Lo más probable es que antes tuviese los dientes torcidos, podridos o amarillentos por el tabaco pero, tras ahorrar bastante, se había pagado una de esas caras intervenciones de reconstrucción dentaria que estaban tan moda. “Dientes blancos para toda la vida sin necesidad de cuidados”, era el eslogan de las clínicas que lo ofrecían.

-¡Eh Fabián!, ¿Qué tal el día? -lo saludó Sergei con alegría, abriendo los brazos de forma teatral amagando un abrazo.

-Terrible... Tengo mucho que contar -contestó Fabián con seriedad borrándole la sonrisa de la cara.

Sergei le caía bien en verdad, era responsable en su trabajo, pero estaba obsesionado con la desaparición de la profesión a manos de las nuevas tecnologías. -“*¡No es un secreto que cada día se necesitan menos manos para hacer más cosas!*”. Le decía cada vez que se encontraban durante un relevo -“*¿Sabes cuantos puestos de trabajo han desaparecido gracias a las máquinas?... ¡El nuestro no será la excepción!... ¿Has visto las últimas novedades que exhibieron en el Congreso Tecnológico de Seoul? ¡Han comenzado a producir avatares tecno-orgánicos! Se ven como una persona real, poseen capacidad de auto-aprendizaje y un software de personalidad que alcanza un nivel de realismo en la interacción social e improvisación ante situaciones inusuales que roza el 99%, ¡Hay personas de verdad que no son tan humanas!... ¿Entiendes lo que quiero decir? Seres casi tan reales como nosotros que no duermen, no se enferman, no tiene familiares que se mueran o niños con problemas. ¡Qué no robarán, ni traerán putas al servicio! Y que, además, son una manifestación física del WR... ¿entiendes? Tienen acceso a todo, procesando la información a una velocidad que nuestro cerebro no puede ni calcular... ¡Estamos jodidos! De aquí a un par de años, estaremos en la calle*”.

Aquél día, con la historia del perro sin cabeza, Fabián había conseguido dejar a Sergei sin palabras y con el rostro contraído en un rictus de espanto librándose de su cantinela tecnófoba.

-Todo lo malo trae algo bueno... -suspiró al salir a la calle.

El regreso a casa fue pesado. En el metro intentó seguir con la lectura de su libro pero lo que había vivido durante el día lo acosaba impidiéndole leer un párrafo sin perder el hilo de la narración.

Al bajar en su estación se encontró las escaleras mecánicas detenidas y subió por ellas con modo cansino, soltando largos y sonoros suspiros hasta alcanzar la superficie. Ya en la ciudad se desconectó del WR para esquivar la publicidad y, antes de marchar hasta su casa entró en un supermercado de la zona.

Su idea original era cenar aquella noche cualquier cosa que quedara en la nevera y mañana, en su ya frustrado día libre, comprar con tranquilidad. Pero como debía trabajar un día más necesitaba abastecerse.

El supermercado más barato del barrio quedaba en verdad bastante lejos de su departamento y, cansado como estaba, no tenía ganas de caminar hasta él. Compraría solo lo que necesitaba para esa noche y el día siguiente en el que estuviese más cerca y ya se las arreglaría luego.

Al llegar se conectó al *Town\_Room* del supermercado que, tras reconocerlo como “*cliente esporádico, sin antecedentes de robo*”, lo dejó entrar abriendo sus puertas.

Por dentro el lugar estaba immaculado; sus paredes, suelos y techos blancos le daban la apariencia de ser un sitio tan pulcro y estéril como un laboratorio. Las largas góndolas ya no lucían como las que Fabián recordaba en su infancia, parecían nichos de un cementerio pero con puertas transparentes que dejaban ver su interior. Para adquirir un producto, lo único que debía hacer era solicitarlo al TR del local que abría el contenedor permitiéndole coger el artículo deseado, contabilizándolos en el cajero virtual de la tienda gracias a un preciso sistema de sensores dentro de cada nicho.

Cuando cogió lo que necesitaba, se acercó a la salida y solicitó el total de la compra. La imagen quiral de una hermosa y voluptuosa mujer se manifestó ante él diciendo:

-¡Buenas noches Fabián! El total de tu compra es: 135 créditos. ¿Deseas agregar algo más?

-Es algo más de lo que pensaba gastar... -susurró Fabián mirando con desasosiego los productos que cargaba en la cesta.

-¿Quieres cambiar o dejar algún producto? -le preguntó la cajera con una sonrisa agradable, peinándose su larga cabellera castaña con la mano de forma sensual; Fabián se ruborizó ante el coqueteo aunque la mujer no era real.

-¡Sí, dejaré algo! -exclamó mirando las cosas que llevaba. Sin duda el total del monto se había disparado por dos productos “de lujo” que había cogido: doscientos gramos de jamón serrano y medio kilo de carne fresca para guisos. Tenía que dejar uno. Al final se decidió por dejar el jamón, esa noche quería comer un guiso caliente con carne de verdad en vez esa de porquería sintética que vendían en sobres.

-Dejaré el jamón -dijo colocando el producto en la máquina de descartes, que lo tragó llevándolo nuevamente a su nicho -. “*Ya compraré pasado mañana en el “Súper Canelito”, ¡y quizás me dé el gusto de coger uno de producción artesanal! Son más caros que este de desarrollo clónico, ¡pero lo valen!*” - fantaseó observando a la cajera que le guiñaba un ojo.

Pagó y el sistema le abrió la puerta dejándolo salir mientras la cajera se despedía agradeciéndole su compra y pidiéndole, por favor, que volviese pronto.

Sumergido en sus pensamientos las largas calles que lo separaban de su casa le parecieron escasos metros. Tal vez ese día no hubiese escuchado las pesimistas predicciones de Sergei pero la realidad estaba allí. Aún recordaba que cuando era un niño había alguien supervisando las cajas de auto-pago, pero hoy casi no quedaban tiendas en las que trabajasen personas; suplantadas por sistemas artificiales y medidas de seguridad antirrobo, como las mini-celdas de contención en sus puertas que retenían a cualquiera que causase problemas, o el fichaje del PR de individuos conflictivos a los que prohibían la entrada. Los únicos empleados que trabajaban en estos sitios eran los que reponían la mercancía por la madrugada pero, ¿cuánto tardarían en ser suplantados por seres artificiales, llenos de ventajitas inhumanas, como los que describía su compañero?

Al llegar a la puerta de su edificio se sintió aliviado. Pronto comería algo caliente y vería algún programa, quizás una comedia para relajarse y dejar de pensar.

Más animado, tomó el ascensor, llegó a su piso y abrió la puerta de su casa. Las luces no se encendieron solas para recibirlo, y notó que hacía más calor allí del habitual. Al respirar percibió una densa humedad en el aire y un olor como a óxido que, en un principio, no reconoció.

Tragando saliva tanteó la pared en busca del viejo interruptor y dio la luz. Al ver lo que le esperaba en su casa soltó un grito y dejó caer la compra al suelo: las paredes, el techo, los muebles, ¡todo estaba bañado en sangre!... Una sangre oscura, densa y olorosa que goteaba inundando el suelo.

Sin poder apartar la vista del horror que contemplaba, retrocedió de espaldas y tropezó con la moqueta de la entrada cayendo de culo y arrastrándose sobre las frías baldosas del pasillo hasta dar de espaldas contra la pared.

-¡Policía, policía! -aulló fuera de sí, sin ser capaz de conectarse el mismo al WR para hacer la llamada.

Su vecina, a la que había visto contadas veces, salió quedándose petrificada al verlo tirado en el suelo.

-¡Policía!... ¡Llama a la policía! -gritó Fabián mirándola suplicante.